

## ¿POR QUÉ NO ESCRIBEN LOS MAESTROS?

Para escribir sobre la práctica pedagógica cotidiana no es preciso ser un gran literato, ni siquiera un perfecto escribiente; sólo hace falta una cosa: tener bien claras las ganas de transmitir. Sentir la necesidad de que lo que se ha vivido en el aula se recuerde, no se pierda, llegue a otros. Después pueden venir mil y una reflexiones sobre los porqués y los cómo, pero lo principal sería reconocer que para escribir (como para cualquier otra cosa) hay que querer hacerlo... y lo demás son cuentos.

Para muestra, un botón

Este pequeño escrito no va a consistir en una serie de buenos consejos proselitistas, ni tampoco en una demanda exigente con el trasfondo de la responsabilidad casi apostólica de «enseñar al que no sabe». Tan sólo intentaré reflejar unas reflexiones personales en torno a este asunto, que ahora quisiera compartir.

Creo que a mí este tema me inquieta de una manera muy particular, porque yo soy una maestra que sí que escribe, y, desde ahí, veo que las vacilaciones y los miedos que otros compañeros manifiestan tener ante el ponerse a escribir, son más bien fruto de impedimentos imaginarios que de la pura y simple realidad. Porque el hecho real es que sí que se puede escribir, y que no cuesta tanto, y... para muestra... este mismo botón.

Como muchos, soy persona que aprende tanto de las fuentes de la teoría como de la experiencia de los otros, y es por esto por lo que desearía fervientemente que llegaran al papel tantas y tantas cosas buenas que se están llevando a cabo en nuestras escuelas, y de las cuales me gustaría aprovecharme. Así es que, añorante como estoy de esos escritos potenciales hechos deprisa y corriendo, o con calma y mesura, hechos en papel cuadriculado, o con pluma estilográfica, pero llenos -sean como sean- de vida y de entusiasmado trabajo pedagógico, vaya pasar de la vía «lamentativa» a la actividad, y a esbozar algunas de las razones que yo veo para el miedo, a ver si, haciéndolo un poco más consciente, podemos coger el lápiz sin temor a que nos muerda la mano.

Miedo, ¿de qué?

Últimamente, en seminarios, cursillos o charlas de formación de docentes sale siempre la dificultad de escribir. Se preconiza hacer servir el diario de clase, y se señala la importancia de contar lo que uno hace, de cara a que otros puedan aplicar la experiencia, y gozar de una «bolsa común» de conocimientos. A esto los maestros contestan fundamentalmente:

—«No sabemos». Escribir no es tan fácil como parece. Para que salga un desastre... Siempre me ha costado escribir...

—«No podemos". No tenemos tiempo. Vamos sobrecargados de proyectos, programaciones, memorias, etc. Si, además, hay que hacer el diario de clase, estaríamos todo el día escribiendo...

— «Lo que yo hago tampoco es tan extraordinario...»

¡Cuánta carga de exigencia y desvalorización en estas contestaciones!... Pensemos un poco en ese «no sabemos». ¡Estamos tan acostumbrados a mantener a ultranza que «sabemos»! Nuestra profesión -nos han dicho- incluye un inagotable y abultado saber, que nos está, prácticamente, prohibido negar. Sin embargo, sí nos está permitido reconocer que no sabemos... escribir, porque ese punto ya no parece que nos competa directamente.

El escribir es... como cosa «de otros», de los escritores, de los literatos, de los teóricos. Sería algo así: «que ya no nos pidan más, bastante pesado es aguantar aquello de que lo sabemos todo, para que ahora se nos exija, además, el que lo plasmemos por escrito. Esa tarea que la hagan otros. Es demasiado pedir», y sí, el maestro siente ahí que se «tira» de él en exceso, y, sobre todo, porque el mensaje completo sería: «Escribe, pero, además, hazlo bien, recuerda que eres un maestro.» ¡Cualquiera se arriesga ante esta enorme demanda! ¡Cualquiera firma un escrito con el riesgo de que se le pueda tachar de incompetente, porque le falte un poco de orden, o unas cuantas comas...! (¿Y esto lo ha hecho un maestro?)

Nuestra formación, como sabemos bien, adolece de muchas cosas, pero una de las peores es esa negación de la realidad, ese no reconocer que gozamos de un saber, pero también de un no saber. De unas certezas, y de unas inseguridades. De un deseo de transmitir, y de un gran miedo a hacerlo (por no errar en tantos casos). Seguramente nos tocará espabilarnos solitos, igual que nos pasó al aprender medio a tientas cómo estar en un grupo, cómo hablar para otros, cómo manejar los afectos... Pero todo es empezar ¿En qué quedamos, pues? ¿En el «frenar a tiempo», o en el arriesgarse al error, y a saltar las barreras de las exigencias desmedidas e incoherentes? ¿Queremos realmente transmitir? ¿Necesitamos contar nuestras dudas, nuestros logros, nuestros descubrimientos?

Escribir cosas nuevas

Por otra parte, creo que no es cierto, en absoluto, que no se sepa escribir. Quien tiene realmente algo que decir y ganas de decirlo... lo dice. Quien puede decirlo a unos cuantos', puede decirlo a otros muchos, y quien sabe transmitir hablando puede ponerlo por escrito, aunque le falten comas. Así de fácil. (Otra cosa será luego el estilo, que con que no sea «maestril» ya será suficiente.)

En cuanto al «no tenemos tiempo», o a «lo que yo hago no es tan extraordinario», quizá fuera cosa de plantearse dejar de escribir lo que ya está escrito hasta la saciedad, y escribir cosas nuevas. Las cosas que pasan a diario con las niñas y los niños, las que les llenan los ojos de chispas de curiosidad recién estrenada, las que nos llenan a nosotros de satisfacción ante una tarea bien hecha.

Hace poco me comentaban unas compañeras, educadoras de escuelas infantiles, que cada año hacían una programación exhaustivamente detallada, una memoria, un plan de nivel, y un largo etcétera, pero que les venía sonando todo ello a rutinario por muchas variaciones que quisieran introducir. En cambio, no tenían tiempo para anotar lo que se contaban, alegremente, entre ellas, o a mí, sobre el experimento que habían hecho en su clase, o la boda que habían organizado los niños en el patio.

¡PUES BIEN, ESO ES JUSTAMENTE LO QUE HAY QUE ANOTAR! Para que no se olvide. Para aprender de ahí. Para seguirle la pista a la vida que tenemos delante. Para atar cabos. Para entender lo que va pasando. Para ordenar lo que ocurre y darle una forma tal en el aula, que responda a las necesidades de los niños. Para leer nuestros aciertos, nuestros fallos, nuestro particular estilo de estar en la clase...

¡Apunta!

Hay días en que nos sentamos a hablar en asamblea, y alguno de mis alumnos me acerca un papel y un bolígrafo, con el consejo: «Apunta.» ¡Tanto y tanto me habrán visto «apuntar»! Y cuando les noto la satisfacción de ir sabiendo que las palabras contienen y guardan, como un pequeño tesoro, lo que se ha dicho, lo que se ha sentido, lo que se ha pensado, es cuando empiezan a valorar y a querer. Algo así ocurre cuando, en las Asambleas de padres, leo un trozo de conversación de los niños para ilustrar alguno de los puntos tratados. Les suena tan real, y tan rico, que en una de estas ocasiones una madre comentaba: «Esto es precioso, es... como si pudiéramos ver por un agujerito lo que viven nuestros hijos.»

Más o menos, ése es el objetivo principal de escribir el quehacer educativo diario. Dar paso a otros en lo que tiene uno. Tanto si son los niños, que aprenden a ser conscientes de lo suyo y del valor de las palabras, como si son los padres, que pueden participar en los momentos importantes de progreso de sus hijos. Como si son los maestros, que pueden extrapolar esa práctica, esa reflexión, ese análisis para comparar- lo con otros, o con el suyo, y seguir adelante. Como si es para uno mismo, para que nos sirva de recuerdo de apoyo y seguridad de estudio y valoración de recurso para otras ocasiones de disfrute personal al ver cómo las palabras te devuelven, amorosamente, tus propias vivencias.

### E L DIARIO DE CLASE

Diarios con títulos o con el papel en blanco, con fechas o sin ellas, con pautas o a la brava, pero diarios para recordar, para dar fe, para aprender, por ejemplo, del calor diferente y magnífico que cada grupo genera y que se puede reconocer y volver a sentir en un breve momento, gracias a unas cuantas palabras escritas en una hoja de papel.

Hace unos días estuvo en mi casa el carpintero. Había un problema que resolver con una valla del jardín, y allí se pasó un buen rato venga a pensar. Luego lo discutió con el albañil, y llegaron a un acuerdo, lápiz en mano, y acaloradamente. Digo esto porque hoy, leyendo un artículo pedagógico con los compañeros de mi escuela, no había modo de quitarme al carpintero de la cabeza. Según iba oyendo que el maestro ha de ser reflexivo, que no ha de aceptar automática y acríticamente las opciones que se le presentan, sino que ha de preguntarse por lo que hace, por qué lo hace así, qué consecuencias tiene su particular manera de realizar la tarea, etcétera, yo recordaba al carpintero, midiendo y pesando las posibilidades de que la valla se sostuviera en pie, reflexionando muy seriamente sobre su trabajo, poniendo a prueba su responsabilidad de dejar un producto lo mejor acabado posible, con el gusto de resolver una dificultad creativamente, y gastando pasión y energía al hablarlo con el albañil, con el que compartiría una parte del trabajo.

Y me planteo qué es lo que nos pasa a los maestros, que parece que siempre ha de venir alguien a decirnos lo que tenemos que hacer: que si hemos de pensar en nuestra práctica antes, en y después de realizarla; que si hemos de ser sinceros, responsables, creativos; que si hemos de estar al día, estudiar..., cuando eso es lo que cualquier buen profesional hace habitualmente en su cotidianeidad como trabajador.

Si se elige esta profesión, y no la cerámica, la carpintería, o la medicina... será por algo; sí, pero eso no ha de suponer, creo, magnificarla tanto, que uno se salga de madre, y acolchado en las nubes de la élite, enseñadora-protectora y transmisora de sabiduría y bondad, se aleje de la realidad pura y simple, que dice que hay que pensar en lo que se tiene entre manos, con lo que uno ha escogido trabajar, ya sea niño, madera o cristal volador. Pues bien, a mí, en concreto, una de las cosas que más me ayudan en esta imprescindible reflexión personal es, sin duda alguna, el diario de clase.

### El registro de la vida cotidiana

Cuando digo diario de clase, me refiero a un cuaderno de anotaciones, no precisamente diarias, pero sí bastante frecuentes, en el que recojo lo que leo en el ambiente de mi clase, o lo que oigo, o lo que me parece interesante (con gran libertad, eso sí, y sin agobios). Estas notas (especie de crónica escolar) me sirven para saber cómo va la dinámica grupal, cómo se muestra cada uno de los niños, qué conflictos van apareciendo, cómo los solucionan...

De ahí saco información de primera mano para mis planteamientos de trabajo en el aula, para las asambleas de padres, las entrevistas individuales, los artículos que escribo, etc. Aparentemente, el diario no está pautado, pero es que, en realidad, las pautas las llevo yo adentro.

Suelo fijarme en los movimientos internos del grupo (vínculos afectivos, relaciones de poder, subgrupos, en el particular modo de cada cual de encarar el aprendizaje, las amistades, el juego, la autonomía; en la manera especial en que se manifiesta este grupo: preferencias, características, grado de participación, capacidad de proponer, de criticar, de inventar...

A veces anoto peleas, frases graciosas que dicen, o conversaciones que mantienen mientras pintan o juegan. Otras escribo ante ellos sus opiniones o comentarios (me lo aceptan muy bien, e incluso les gusta porque saben que así «no se olvida»). Y en otras ocasiones, escribo al acabar la clase, rápidamente, antes de que la memoria me juegue una mala pasada, llevándome a olvidar o a interpretar selectivamente lo ocurrido.

De vez en cuando, hago el seguimiento de algún tema, dejando a un lado las demás cosas que surjan. Así, por ejemplo, lo hice un año con respecto a la iniciación en el proceso de la lectoescritura, transformándose el diario en Diario lector. Otro curso, fueron los celos los que subieron el termómetro grupal... y mi interés. O los pasos de un grupo desde su bautizo en el trabajo por proyectos, a los cuatro años, hasta el asentamiento de esta metodología a los cinco...

Mientras escribo, voy pensando en lo que ha pasado, en lo que quiero matizar y recordar, en los porqués y los cómo de los acontecimientos cotidianos. Me pregunto por mi intervención, por el silencio de aquél, por la propuesta del otro. En resumen, me planteo cómo introducir en el quehacer diario aquello que ya está siendo incluido por los propios niños, y cómo darle juego y hacer que el sentido que tiene para ellos pueda ser recogido y revertido en el grupo, de manera que sirva de instrumento de avance, de claridad y de aprendizaje. Este momento de esclarecimiento interno para poder pensar qué está pasando me hace, además, aquilatar mis actuaciones, preverlas, considerarlas al menos... e ir aprendiendo de los errores o de los aciertos que veo en ellas.

Aunque, desde luego, para lo que realmente es tan útil ir anotando la vida que discurre en torno nuestro, es para alimentar el sueño pedagógico y la esperanza, porque resulta casi imposible no admirarse y maravillarse de continuo al ver los infinitos matices y soluciones que cada persona imprime a su manera de estar en el mundo...

Es tan emocionante y tan entretenido presenciar cómo se enamora uno por primera vez, o cómo le dice uno a otro: «Vete de aquí, que no me gusta verte», o... tantas cosas..., que... ¡qué menos que escribirlas para que no se pierdan!...

Algunos fragmentos

23-X-1990

Hoy ha sido un día bueno. Lo primero que hemos hecho ha sido teatro en clase. Todos lo pasaron muy bien actuando y viendo actuar a los compañeros. Como ha venido Pedro (que falta bastante), aprovecho para enseñarles la poesía:

A Pedro, como era calvo, le picaban los mosquitos, y su madre le decía: «Ponte el gorro, Periquito.»

Él hace de Pedro, otros de mosquitos, yo soy la madre. La dramatizan y luego la pintan. Después del patio, cantamos todo el repertorio del libro de canciones y, por la tarde, hacemos una serie de torres altas de espuma, cajas, maderas, etc. Empieza la buena marcha cuando le pido a Valentín (el maestro de la clase vecina) que entre para ayudarme a algo. Me pongo a su lado y les pregunto: «¿Quién es más alto?», y contestan todos: «Pepe» (otro maestro de la escuela) ...

Después de la carcajada, vamos a la tarea, y se clasifican en altos, bajos y medianos (o «regulines», como dice Julio). A continuación propongo hacer torres altas con el material que quieran; y en eso estábamos, cuando Alberto se sube a un banco para ver si su torre (de piezas de plástico) llega al techo. De pronto, la torre se dobla y se rompe, cayéndose todas las piezas. Les da risa y repiten, él y otros. Entonces a Pablo se le engancha su torre en el hilo de las pinzas y queda columpiándose allí. Nos reímos mucho y van acudiendo más a probar. Pablo grita, aplaude y canta mientras repite «el experimento». Julio propone entonces enganchar más torres al hilo, y varios se apuntan a eso. Van enganchándolas, y cuando tienen varias, las hacen caer y se ríen. María M. también va, pero al caerle las piezas encima se molesta, porque le estropean el velo de «alicantina», que lleva puesto toda la tarde. Entre tanto, hay dos grupos más de constructores de torres, unos con maderas y otros con otra clase de

piezas. Hay excitación en el ambiente. Y en la merienda se comenta lo que ha pasado. Agradecen oír la poesía de ayer, de final reconfortante y tranquilo, y la van repitiendo en voz baja:

Érase una vez un niño pequeño que se perdió en un sueño. Corría, corría, y nada veía. Miraba, miraba, y a nadie encontraba. Andaba, andaba, y el camino nunca se acababa. Perdido lloró, y se despertó, llegó su mamá... y encontrado está...

Al irse, les regaló una curva que simboliza el poema. Para mí, también hay regalo..., este día tan bonito.

14-XII-1991

Marcos ha estado pegando a muchos en el patio y al entrar se quejan ruidosamente. Le pregunto:

—¿Por qué pegas hoy? y se calla. Los otros contestan por él:

—Estará nervioso.

—Le habrán pisado lo que ha hecho en el arenero.

—Se habrá caído.

—Le habrán pegado.

—O gritado. Él sigue callado. Le pido que conteste, por favor, porque lo que siente él no podemos saber lo si no lo dice. Entonces contesta:

—Es que he perdido mi Batman. Pues, ¡haberlo dicho! -contesta Julia rápidamente.

—Sí, Marcos, si lo hubieras dicho, todos te habríamos ayudado a buscarlo. Pero callarte y pegar, como ves, no es la mejor manera. Otro día, di lo que te pasa. En eso quedamos; veremos si puede ir hablando los enfados un poco, en vez de actuarlos...

14-XI-1992

Por la mañana, llega Andrea y se apoya en la mesa, tapándose la cara con las manos. Así, claro está, no podremos empezar a hacer nada, hay que averiguar qué le pasa. Empiezan a opinar:

—Será que tiene sueño aún.

—O está nerviosa.

—O se ha enfadado con su hermano.

—Y ¿qué podemos decirle para que se le pase? pregunto.

—Que baile. (En efecto, esta niña es muy aficionada al baile, que la alegra siempre.)

—Que cante. (Concedores del valor consolador de la música.)

—Que respire fuerte. (Técnicas de relajación caseras.)

—Que piense que no pasa nada. (Aquí hay un inicio de evasión.)

—Si quieres, te doy la mano y ya está -le dice Julia. Y así fue; la mano de la compañera, postre perfecto de tan hermoso momento, la saca de su cerrazón y le hace sonreír.

## ALGUNAS PISTAS CONCRETAS

Empezando por el principio, lo importante es desear contar alguna cosa. Incluyendo en lo que se cuenta tanto el "piso de arriba" como del de "abajo". O sea, no censurar los sentimientos en aras a una supuesta objetividad por ser un escrito pedagógico.

Resulta útil pensar que el escrito es como una explicación dirigida a alguien. Y para desarrollarlo conviene buscar un hilo conductor significativo, ordenado y claro. También es interesante que se hable del proceso con sus aciertos y sus errores y que no se tenga miedo a mostrar creatividad y a intentar aportar algo nuevo. Es deseable evitar los tecnicismos y la jerga maestril, los detalles excesivos, el lenguaje coloquial, los diminutivos. Y no dar certezas ni pautas, sino más bien invitar a pensar y a inventar.

Será necesario utilizar registros de escritura en los que nos sintamos cómodos. Como documento principal usaremos el diario de clase, del cual se pueden extraer fragmentos a modo de narración cronológica con nuestro análisis, a modo de crónica periodística, o a modo de pequeño ensayo (hipótesis, análisis y conclusiones). Otras posibilidades son los artículos sobre temas varios, los escritos cortos como pies de foto, las secuencias narradas.

Añadir "adornos" a los escritos se hará con discreción y podrán ser citas, poemas, esquemas, fotografías, cuadros, dibujos, etc. Una vez elaborado el escrito va bien leerlo en voz alta para hacer una primera corrección de repeticiones, rimas, erratas. Luego se deja posar un tiempo y se vuelve a leer para corregir lo que sea necesario y sobre todo para ver si se recoge en el escrito lo que pretendíamos decir.